

La princesa, el forajido, el camello y la pirámide

Naturaleza muerta con pájaro carpintero, la sabia carcajada contracultural de Tom Robbins

EUGENIO FUENTES

Imaginen una mansión en Seattle cercada por las zarzas. Dispongan dentro una familia real –y no es un ejercicio de prospectiva– a la que los vaivenes sociales han propulsado al exilio. Cierren ahora el plano y verán a un ex rey adicto al juego, a una ex reina cebona y a una ex princesa vegetariana cuya trayectoria de animadora se ha quebrado tras sufrir un aborto mientras agitaba pompones. Súmenles una sirvienta cocainómana y un jardinero tras el que se oculta un agente de la CIA y tendrán el elenco básico de *Naturaleza muerta con pájaro carpintero* (1980), la tercera novela del estadounidense Tom Robbins.

Robbins (1932, tal vez 1936), un antiguo crítico de arte que al parecer descubrió su pasión por la literatura escribiendo una reseña de un concierto de los Doors, viene a ser un desconocido en España. A menos que alguien recuerde *Elas también se deprimen*, una película de Gus van Sant, dicen que deplorable, basada en su segunda novela. La tercera fue esta *Naturaleza muerta...*, que cosechó gran éxito de público y crítica en EE UU y que ahora propone Alfabet, por primera vez en castellano.

A Robbins podría calificárselo como un depurado producto de la contracultura, siempre que se precise lo suficiente su indomable sentido del humor. Poesía, generosidad de tramas que bordean el disparate sin naufragar, irreverencia, ferocidad en la sátira y buenas dosis de juego filosófico son otras características de su obra. En ocasiones se lo ha despachado sin más como posmodernista, añadiendo que «posee una visión de las cosas que deslumbra nuestro cerebro» y que es «un narrador de categoría mundial». Más que nada porque esas bien fundadas apreciaciones salen de la pluma de Pynchon. Con todo, vista su familiaridad con Timothy Leary, su interés por el esotérico Terence McKenna y su devoción hacia el gurú indio Osho, parece innegable su raíz contracultural, que en *Naturaleza muerta...* alcanza madurez plena.

Ambientada en un mundo sin móviles ni ordenadores, *Naturaleza muerta...* arranca en serio cuando Leigh-Cheri, la ex princesa vegetariana, decide viajar a un festival de Geoterapia en Hawai y coincide en el vuelo con Bernard

Mickey Bronco, un proscrito que lleva diez años huyendo del FBI. El contacto con este amante de la dinamita y el tequila pondrá en juego toda la potencialidad reflexiva de una narración que, en última instancia, se pregunta cómo hacer que el amor, concepto nuclear en la contracultura, dure. Pero no se engañen: la novela es todo menos rosa.

En efecto, el sinfín de peripecias que vive la pareja pone en escena –además de buenas dosis de drogas psicoactivas y un minimanual para construir bombas caseras– hordas de alienígenas rubios y pelirrojos, príncipes árabes, cárceles, lunas y soles, meditación y, a modo de flecha, las indagaciones de la cándida princesa sobre lo que hoy, 30 años después, es ya una vieja leyenda urbana: el significado de la pirámide en las cajetillas de Camel. En los albores del infantilismo «new age», la pirámide le sirve al lúcido Robbins como punto de apoyo para una crítica corrosiva del pensamiento obsesivo que busca en un único objeto la clave explicativa de todo el universo. De igual modo que la proscripción de Bronco le permite reflexionar sobre la clandestinidad, la conveniencia de elegir para no aborregarse o las contradicciones de los movimientos sociales. Y todo ello bajo una máxima: los poetas recuerdan por nosotros los sueños que olvidamos y son los prosos los que nos ponen en práctica.



Naturaleza muerta con pájaro carpintero

TOM ROBBINS
TRADUCCIÓN DE RUBÉN MARTÍN
ALFABIA, 356 PÁGINAS, 20,50 EUROS

El insólito peregrinaje de Harold Fry

RACHEL JOYCE
EDITORIAL SALAMANDRA, 2012
336 PÁGINAS

LECTURAS

Hablando con desconocidos

Rachel Joyce y los relatos dentro del relato que hacen funcionar El insólito peregrinaje de Harold Fry



FRANCISCO GARCÍA
PÉREZ

Harold Fry ya es mayor, no espera mucho de la vida, si acaso coexistir con su esposa y sobrellevar la desaparición del hijo. Una carta le anuncia que, al otro extremo de Inglaterra, una antigua amiga agoniza por el cáncer. Le escribe una respuesta de compromiso, va a echarla al buzón y, poco a poco, decide caminar y caminar hacia el Norte, a pie, calzado con unos náuticos, mil kilómetros por delante, para ver a la mujer antes de que muera. Resiste hasta que llegue, no te vayas antes: ésta es la consigna. ¿Alcanzará su objetivo? He ahí la intriga de esta novela. ¿A quiénes se encontrará duran-

te el largo peregrinaje? He ahí el sustento de la misma. Una novela, por lo tanto, de carretera, de viaje, de camino, de examen de conciencia. La escribió la también guionista y actriz de la BBC Rachel Joyce (1962) y se vendió a miles, porque estas cosas del viaje interior aprovechando el viaje exterior gustan mucho. Ni es una obra maestra, ni es excepcional, ni es memorable, pero a páginas levanta el vuelo: funciona bien cuando los personajes con los que se encuentra el protagonista tienen su punto, son interesantes. Depende la narración tanto del resplandor que emitan quienes se topan con Mr. Fry que la novela se llena de encendidos rutilantes seguidos de apagones espectaculares y aburridos. Es, así, muy fácil de leer: se saltan los episodios anodinos y se va buscando lo sorprendente o lo chocante. Nada tienen de interés los largos diálogos de los que preguntan (una y otra vez) el porqué del viaje; tampoco, la espera o la estupefacción de la esposa temporalmente abandonada; escaso, por previsible, el conjunto de escenas introspectivas. Y sin embargo...

Un día Fry aguarda en la cafetería de una estación. Alguien le pide permiso para acompañarlo: «El desconocido lucía un traje elegante y una camisa azul oscuro con pequeños gemelos de nácar. Era enjuto y desmenuado. Tenía el pelo espeso y plateado, peinado hacia atrás. Al sentarse, dobló las piernas de tal modo que el pliegue de los pantalones quedó alineado con sus rodillas. Se llevó las manos a los labios y las mantuvo allí unos segundos, en un gesto todo

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

El apasionante pulso de una vena revolucionaria

La personalidad del revolucionario ruso Boris Sávinov (1879-1925) es de las que dan para escribir una novela río con la que ocupar al menos una semana de asueto. Por fortuna, el propio Sávinov se encargó de narrar algunos de los episodios más destacados de su estancia en el valle de lágrimas y agitaciones que fue la Rusia de las dos primeras décadas del pasado siglo.

Como sin duda recuerdan no pocos lectores, Sávinov fue autor de *El caballo amarillo* (Impedimenta, 2009), narración escrita en 1909 en su bohemio exilio parisino en la que en forma novelada cuenta la apasionante preparación del atentado que costó la vida al Gran Duque Sergei Alexandrovich, gobernador general de Moscú. Años después, en 1920, tras haber sido ministro de la Guerra con Kerenski y haber regresado al exilio por su visceral rechazo a la dictadura bolchevique, el revolucionario se encuentra en Polonia intentando montar un Ejército con el que derribar a las huestes de Lenin. Una aventura descomunal que acabó muy mal para él.



El caballo negro

BORIS SÁVINOV
Introducción de
Marta Rebón y Ferrán Mateo
Traducción de Marta Rebón
Impedimenta
190 páginas, 18,20 euros

Cuando las palabras son como tuneladoras

Conviene advertir que *Los estratos*, del colombiano Juan Cárdenas (1978), responde a cualquier cosa menos a alguno de los estereotipos sobre América Latina. Así que si le gusta la Literatura –ojo, no digo las novelitas!– pero no siente mayor interés por la vibrante ecuación sociopolítica en la que está inmerso ese subcontinente, tampoco pasa nada. Olvídense de que Cárdenas es colombiano y de que la acción transcurre en su país natal, y siga adelante. Porque lo que hallará en las páginas de *Los estratos* será esa raíz literaria que sólo brota desde el apego a la palabra. Palabras personales, de grupo o herederas de la memoria que, en esencia, muestran las formas que adopta el relato según la instancia desde la que se genere. En fin, para dar algo de carne a la barba, sepan que entre el enjambre de voces que se cruzarán en el camino del lector hay una que parece dominante y que, envuelta en una trama detectivesca, es la de un hombre que busca a la mujer que lo cuidó de niño mientras va perdiendo a la que ya no lo quiere de adulto.



Los estratos

JUAN CÁRDENAS
Periferia
202 páginas
17 euros